# NANA PARA UNA VICTIMA

por Luis Acevedo

***Las trampas, los celos, las palabras equívocas y las verdades a medias llevaron sus vidas por los caminos de la abyección, por las tortuosas rutas de la degradación y por los últimos límites del espanto...***

**Cuando supe que el estado de Celia era desesperado me invadió una profunda tristeza. El mismo día en que el doctor me comunicó que mi mujer se hallaba en estado agónico experimenté una inaudita sensación de frustración. Celia se moría sin remedio a causa de una repentina enfermedad que se había declarado apenas una semana. Mi esposa iba a dejarme definitivamente, impidiéndome la realización de mi sueño dorado; un sueño que venía acariciando desde pocos meses después de nuestra boda; una ilusión que poco a poco había ido tomando forma en mi imaginación. Porque, aunque la intención venía desde antiguo, durante las últimas semanas se había ido afianzando en mí la idea de asesinar a mi esposa.**

**Supongo que la mía no es una experiencia única ni exclusiva. Imagino que puede haberle ocurrido a miles de hombres y mujeres, pero lo cierto es que me ha sucedido a mí, y ante esto lo demás no cuenta. Hace siete años fui engañado vilmente, estafado, sangrientamente burlado. Hace siete años que contraje matrimonio con Celia.**

**Apenas abandonamos la iglesia advertí en sus ojos un aire de triunfo que no me pasó desapercibido. Descendimos la escalinata del templo mientras ella lanzaba miradas de satisfacción a sus amigas y descaradas ojeadas a todos los hombres presentes. No me dio tiempo a abrir la portezuela, sino que, adelantándose con aire de seguridad, se encargó ella de hacerlo y entró en el coche, derrumbándose aparatosamente sobre el asiento: el ramo de novia cayó a sus pies y, en lugar de recogerlo y lanzarlo al aire como es costumbre, lo hizo con displicencia. De alguna parte de su vestido extrajo un paquete de tabaco e, inclinándose sobre el asiento del conductor, le pidió fuego con un desparpajo que me molestó.**

**Yo la reconvine cariñosamente y le rogué que no fumara demasiado en vista de lo avanzado de su estado de gestación, pero ella se limitó a despojarse del velo nupcial alegando que el roce del tul la ponía nerviosa.**

**Una vez en la habitación del hotel se quitó el vestido de novia y se paseó en combinación, haciendo ostentación un tanto groseramente de su abultado vientre. Creo que fe en aquel momento cuando comencé a intuir que el hijo que llevaba en sus entrañas no era mío.**

**Durante los dos meses siguientes, y alegando molestias inherentes al embarazo me rechazó sistemáticamente. Tan sólo dos veces conseguí hacerla mía, y durante nuestra unión se comportó de un modo tal que en cierto momento pensé que iba a aprovechar la ocasión para pintarse las uñas. ¿Cómo explicar los arrebatos de pasión que la embargaban cuando hacíamos el amor a sólo cuarenta y ocho horas de la boda? ¿Fingía acaso lamentos y suspiros que estaba muy lejos de sentir?**

**Como quiera que fuese, preferí aplazar las respuestas a las interrogantes que se me ocurrían y achaqué su frialdad a lo avanzado de su estado.**

**Pronto descubrí que no solamente el grosor de su vientre iba en aumento: su glotonería se reveló de tal calibre que, en pocas semanas, puso varios kilos. Se atiborraba de bombones y de chocolatinas, siendo así que, durante nuestro noviazgo, había tenido buen cuidado de rechazar cualquier tipo de golosinas y sugerirme que lo que en realidad le agradaban eran las flores.**

**Una mezcla de alivio y desesperación me invadió el día que nació Ricardo.**

**El parto se presentó sin dificultades, pero, cuando antes de entrar en la habitación, el doctor me llamó aparte, comprendí que algo no había ido del todo bien. Con gesto grave, me dijo que la madre se encontraba perfectamente, no obstante lo cual, tenía que comunicarme algo desconsolador: el niño que Celia había dado a luz era mongólico, y, en consecuencia, subnormal en grado más o menos profundo.**

**En principio me desesperé ante la idea de tener un hijo subnormal, pero después mi pesimismo se fue aliviando al considerar que, con toda probabilidad, el niño no era mío.**

**Entré a la alcoba y me aproximé a la cama donde yacía Celia. Al verme, volvió el rostro hacia la ventana y sus facciones se contrajeron como si fuera a prorrumpir en llanto, pero, en lugar de deshacerse en lágrimas, sin dejar de mirar hacia la ventana, dijo: «Es por tu culpa.»**

**Aproximándome a la cuna, aparté el tul que la protegía y contemplé a la criatura con una mezclar de curiosidad y repulsión. Aquel niño, a pesar de ser completamente inocente, representaba para mí el engaño del cual había sido víctima. Era la prueba palpable de la culpabilidad de Celia.**

**Durante los años que siguieron al nacimiento del niño, Celia se desinteresó casi completamente de su cuidado, y, por más empeño que puse, jamás conseguí arrancarle una confesión en el sentido de que el**

niño fuese mío. Tampoco afirmaba categóricamente mi paternidad, sino que, jugando atrozmente con mis sentimientos, tan pronto daba indicios de que yo era el padre de la criatura como al momento siguiente se desdecía alegando que había sido víctima de los ataques de un sádico que la violó y la dejó embarazada.

Aquellos súbitos cambios de opinión desquiciaban mis nervios, y mientras tanto el niño iba creciendo y desarrollándose, si así pudiera llamarse a un aumento desproporcionado de su peso y estatura.

Era lastimoso verle arrastrarse por la casa sin rumbo fijo, llevándose un pedazo de pan a la boca, en la que perpetuamente florecía una sonrisa sin sentido. Se eme partía el corazón al verle revolcándose en sus propias deyecciones, y, simultáneamente, la sangre me golpeaba con fuerza en las sienes al considerar la idea de que aquella desgraciada criatura era la prueba, continuamente en evidencia, del engaño de que yo había sido víctima.

Cuando el niño iba a cumplir seis años, Celia, perpetuamente tumbada en un sofá y con una caja de bombones siempre a mano, comenzó a dar muestras de querer insinuarme algo. La primera vez que lo hizo, aunque de forma muy velada, estuve apunto de abofetearla. Pero aquella noche no logré conciliar el sueño hasta muy tarde dando vueltas en mi cabeza a la idea que, sin comprometerse en nada definitivo, había sugerido mi esposa.

Los días que siguieron a aquella insinuación, Celia se guardó muy bien de volver a manifestarse en tal sentido. Cambió de táctica y comenzó a introducir frases en la conversación por medio de las cuales pretendía darme a entender, con todas las precauciones propias del caso, que el niño no era hijo mío.

Tanto y tan certeramente consiguió interesarme que cierto día decidí plantearle directamente la cuestión. Ella, haciendo gala de un descaro y una memoria considerables, me explicó punto por punto sus relaciones previas a nuestro matrimonio, y me aseguró formalmente, corroborándolo con gran cúmulo de detalles, que aquella criatura tenía por padre a un empleado de un hotel de baja categoría y dudosa reputación.

Ciego de ira, la golpeé salvajemente, pero, en lugar de dolerse ante la agresión de que era objeto, sonrió plácidamente una vez que me hube calmado. Esbozando un mohín con sus labios doloridos, introdujo sus amorcillados dedos en la caja y se llevó a la boca un bombón de licor.

Considerando que su plan daría resultado si lograba llevarlo adelante sin precipitaciones, dejó pasar unos cuantos días sin referirse para nada el asunto del niño. Mientras tanto, el odio y el rencor que ella había sembrado en mi alma se abrían paso e iban creciendo al modo de una hierba venenosa.

Cuando, por el trato y la falta de atenciones que yo otorgaba al pequeño, se apercibió de que me encontraba maduro, volvió a dejar caer en mi oído la insinuación que tiempo atrás me había hecho. Mi mano se levantó para golpearla, pero, y aquel gesto no pasó desapercibido para ella, la dejé caer poco a poco hasta que reposó inerte sobre uno de mis muslos.

Dos días más tarde volvió a insistir, y esta vez mi resistencia se manifestó de una forma mucho menos violenta: me limité a fingir que continuaba leyendo el periódico y que no había escuchado sus palabras.

Pero cuando abandoné la habitación, la última frase salida de los labios de Celia continuaba resonando en mis oídos: «Te garantizo que no sufrirá. Me da tanta lástima el pobrecillo...»

Poco a poco se fue dando maña para que yo me fuera haciendo a la idea de que la desaparición del niño no traería sino ventajas para todos, él mismo incluido. A estas consideraciones, más o menos veladas, unía frecuentes alusiones al verdadero padre de la criatura y ponía de manifiesto lo ridículo de mi situación, aun a riesgo de provocar mis iras.

De esta forma, venciendo arteramente mi resistencia, sin que yo pusiera verdadero empeño en impedirlo, fue inoculando en mi espíritu la idea de deshacernos del niño. Cualquier preocupación posterior quedaba anulada puesto que vivíamos casi aislados, y ninguno de nuestros vecinos conocía la existencia de la criatura. Tanto empeño habíamos puesto en mantenerla apartada del mundo exterior.

Con gran sangre fría por su parte sacó a colación el sistema que habríamos de emplear para llevar a cabo tan criminal acción. Fue descartando los procedimientos violentos, no tanto por delicadeza como por pura comodidad y disminución de riesgo, y, tras un vergonzoso intercambio de opiniones, quedó decidido que el medio ideal era el envenenamiento.

El día en que habíamos de llevar a cabo lo que no puede ser calificado sino de crimen nefando Celia se despertó de un excelente humor. Se tomó más tiempo del habitual para arreglarse, ya hasta se molestó en prepararme un suculento desayuno, cosa que no hacía desde los tiempos inmediatamente posteriores a la boda.

Viéndola trajinar de acá para allá con una indiferencia que en nada denotaba la criminal acción de la que había sido directamente instigadora, me maravillaba al no advertir en ella ningún signo de vacilación ni debilidad. Yo, por mi parte, apenas si podía mantenerme en pie, y hubiera dado cualquier cosa por encontrar una excusa que me permitiera aplazar por un día más la consumación de nuestros alevosos planes.

Finalmente llegó el momento elegido para llevar a cabo lo que habíamos ideado. Celia despertó al niño, le hizo algunas caricias, cosa que en absoluto tenía por costumbre, le vistió y le dejó en el suelo en su cuarto entregado a los juguetes propios de una criatura casi recién nacida. Desde el salón la oí canturrear en la cocina, mientras preparaba el desayuno para el niño. Al rato me llamó, y dirigiéndome una frase hiriente acerca de mi falsa paternidad, sin duda para estimular mi vacilante disposición, me invitó a que mezclara el veneno con una especie de papilla que había cocinado.

Entramos en el cuarto de Ricardo, que interrumpió momentáneamente sus juegos y nos miró con aquellos ojos rasgados y vidriosos. En el fondo de sus pupilas se vislumbraba un agradecimiento animal hacia los seres que le proporcionaban alimento y cuidado. Yo aparté mi vista de la suya. Celia le acomodó sobre una silla próxima a la mesa y, depositando cerca de él el plato con las gachas, me cogió el brazo y me arrastró suavemente hasta las proximidades de Ricardo. Acto seguido, introduciendo la cuchara en el plato, comenzó a dar de comer al niño. «Una cucharadita por mamá», decía con tono solícito. «Y otra por papá»,

añadió, y me pasó la cuchara para que yo también tomara parte en aquel monstruoso crimen.

Una vez que hubimos terminado la macabra tarea, observamos los efectos que la ingestión del veneno producía en la criatura.

Al cabo de unos minutos, el niño pareció sufrir una contracción abdominal y se agazapó sobre sí mismo emitiendo un hondo suspiro. Yo inicié la retirada hacia la puerta, pero Celia me detuvo, deseosa sin duda de hacerme partícipe hasta el final en aquella desalmada acción.

Segundos más tarde, una contracción aún más violenta que la primera obligó a Ricardo a retorcerse de forma lastimera. Repentinamente volvió la cabeza hacia nosotros y clavó en los nuestros sus ojos de criatura mongólica. Tuve la impresión de que, de alguna forma, había comprendido que era víctima de un horrendo asesinato. Se derrumbó de la silla, y yo, incapaz de continuar presenciando por más tiempo aquel espectáculo, abandoné la habitación.

Sentado en un sillón del comedor, me esforcé por contener los temblores de que era presa. Sudaba copiosamente, y durante un instante llegué a creer que Celia me había administrado a mí también una dosis de veneno con el desayuno. No obstante, al cabo de un cuarto de hora fui cayendo en un pesado sopor, consecuencia de la mitigación de la tensión anterior.

Cuando me despejé habían transcurrido cerca de cuarenta minutos desde que salí de la habitación. Llamé a Celia, pero no obtuve respuesta. Me encaminé hacia el dormitorio, y, al traspasar la puerta, creí morir ante el cuadro que se desarrolló delante de mis ojos. Celia permanecía sentada en una silla en actitud vigilante. A sus pies, retorciéndose en estertores agónicos, yacía su hijo, consciente todavía.

El infeliz muchacho se revolcaba en una masa de excrementos y de su boca surgía una espuma que iba dejando un rastro sobre las baldosas que rozaban los labios del desgraciado agonizante.

Ajena a cuanto no fuera una distante y fría observación del proceso, mi esposa no pareció percibirse de mi entrada en la habitación hasta que, a una exclamación mía, volvió el rostro hacia donde yo me encontraba.

«¡Dios mío, pobre infeliz!», musité horrorizado. Ella entonces, levantándose de la silla, se encaminó hacia uno de los cajones de la cómoda, de donde extrajo un pesado almirez. Se aproximó a mí, y buscando con sus manos las mías, depositó en ellas el oneroso instrumento.

Movido por una mezcla de compasión, insoportable remordimiento, y deseos de terminar de una vez lo que nunca debía comenzar, me acerqué a l criatura y descargué sobre su cabeza un fuerte golpe. El infeliz sofrió un último estertor, agitó sus piernas espasmódicamente y quedó definitivamente.

Me refugié en el rincón más apartado de la casa, asqueado de mí mismo y recriminándome por haber cedido a los deseos de Celia. Al cabo de un tiempo vino en mi busca para llevar a cabo la última parte del execrable crimen.

Con gran sangre fría, había envuelto el cuerpo de la criatura en una sábana, afianzándola por medio de un cordel. Tembloroso y apunto de vomitar, cargué con el macabro fardo y descendí, seguido de Celia, al

**sótano de la casa. Allí habíamos dispuesto todo lo necesario para practicar un enterramiento clandestino.**

**El plan consistía en levantar una nueva pared, paralela a la del fondo, de manera tal que, efectuando una a modo de retranquero, quedara entre los muros espacio suficiente para ocultar en él el cuerpo de la criatura. De aquel modo, emparedado en el sótano, permanecería para siempre impune nuestro crimen.**

**En cierto momento, mientras disponía los ladrillos del nuevo tabique, me pareció notar un movimiento espasmódico bajo la sábana. Miré a Celia de forma interrogante, pero ella negó con al cabeza y me animó a proseguir la tarea. Continué, pues, con la construcción del nicho, y, cuando hube concluido, deposité en el hueco el cuerpo del hijo de Celia. No bien lo hube efectuado, al término de la colocación del último ladrillo, me pareció oír un vagido, un balbuceante lamento, pero, sacudiendo mi cabeza para apartar semejantes imaginaciones, procedí al enlucido del muro.**

**Aquella misma noche me desperté sobresaltado creyendo oír ciertos quejidos procedentes del sótano. Me incorporé en el lecho y permanecí un momento a la escucha. Un tristísimo lamento surgía de la pared próxima a la cabecera de la cama, justamente debajo de la cual debía de ubicarse el infamante escondite que yo había construido.**

**Abandonando el dormitorio, me encaminé hacia el sótano. En la parte superior de las escaleras oprimí el pulsador, y, a la mortecina luz de la bombilla sucia de polvo, contemplé la reciente capa de yeso, tras la cual se hallaba el cadáver. Los escalones de madera rechinaban siniestramente conforme iba descendiendo. De súbito, la luz de la bombilla se extinguió y una horrenda carcajada heló la sangre de mis venas.**

**«¡Imbécil!», exclamó Celia desde lo alto de la escalera, «¿ya empiezas a arrepentirte?».**

**De buena gana la hubiera estrangulado. Riéndose estrepitosamente, sus abundantes carnes temblaban como gelatina bajo el ridículo camisón. Ni siquiera aquella noche había prescindido de colocarse los rizadores, que enmarcaban su rostro dándole una apariencia grotesca.**

**Ya se volvía con ánimo de regresar al dormitorio, cuando un leve quejido emergió de la pared. Yo permanecí petrificado y una terrible sospecha comenzó a hacer presa en mi ánimo. Ella dio media vuelta y me contempló burlonamente.**

**«¡Está vivo!», exclamé horrorizado. Celia apenas se inmutó, limitándose a colocarse uno de los rizadores, que se había desprendido de su cabellera. «¡Tú lo sabías!», sollocé a punto de desvanecerme. Ella no intentó exculparse de ningún modo, antes al contrario me espetó: «¡Qué culpa tengo yo de que seas un inútil!».**

**Presa de un frenesí incontenible, tomé uno de los utensilios que había utilizado para construir la pared, y comencé a golpear fuertemente hasta que derribé una parte considerable. Salté al interior y tomando el cuerpo del niño envuelto en la sábana, lo deposité sobre el suelo del sótano.**

**Con mano torpe, a causa del temblor de que era víctima, fui desatando el cordel y apartando la sábana. Finalmente, quedó al descubierto el rostro de la criatura. Sus ojos se abrieron de súbito y clavando sobre los míos**

una mirada atroz, dejó escapar de sus labios un último suspiro. Un a{agónico estertor recorrió su cuerpecillo y dejó de existir.

Desde aquel día comencé a odiar a Celia de una forma especial. Si hasta entonces la había hecho objeto de un desprecio sin límites, aquel sentimiento fue cediendo el paso a un odio furibundo. La hubiera matado si mis fuerzas y arrestos, mermados ya por un crimen, me lo hubieran permitido.

Paulatinamente fui perdiendo el apetito, y me pasaba la mayor parte de las noches en blanco. Fue precisamente durante aquellas largas horas de insomnio cuando comencé a oír los susurros infantiles, que procedentes del sótano, no tardaron en extenderse por toda la casa.

La primera noche llegó hasta mi cama una voz apagada y doliente que musitaba unas palabras que no logré comprender. Parecía nacer de la tumba del niño y extenderse a través de las paredes, por todo el ámbito del dormitorio. Permanecí inmóvil mientras Celia dormía a pierna suelta. No me atrevía a despertarla por temor a que se burlara de lo que sin duda, clasificaría de fantasías propias de un pusilánime.

Algunas noches más tarde volví a oír de nuevo la voz. Esta vez percibí claramente una palabra que se repitió a intervalos de tiempo. Alguien musitaba dolorosamente: «Papá, papá». Simultáneamente, me parecía como si los escalones del sótano crujieran levemente bajo el peso de un ser vivo. Después, la puerta se abría y el sonido de unos pasos por el piso bajo se dejaba oír en el dormitorio.

Acostarme cada noche comenzaba a presentar un tormento para mí. Sabía de memoria que, en un momento determinado me despertaría, incapaz de volver a conciliar el sueño. Después escucharía aquella lacerante vocecilla, y, seguidamente, alguien abandonaría la oscuridad del sótano iniciando el recorrido hasta las proximidades de la alcoba. Afortunadamente para mí, todo terminaba en las inmediaciones de donde yo intentaba inútilmente sumergirme de nuevo en la inconsciencia del sueño.

Al cabo de algunas semanas temí perder el juicio de resultas de aquellas alucinaciones, pues no otra cosa podían ser. Y aunque trataba de convencerme a mí mismo de que tan sólo mi imaginación era la causante de las impresiones que me atormentaban, no por ello pude librarme de escuchar los lamentos y suspiros de la fantasmal criatura. Una y otra noche, junto a la puerta de mi habitación una vocecilla infantil musitaba: «Papá, papá».

Pero lo más terrible estaba todavía por llegar.

Cierto día, no pudiendo resistir por más tiempo aquel tormento, hice partícipe a Celia de lo que cada noche me acontecía. Ella se rió en mis barbas y me llamó cobarde y asustadizo. Al achacarle yo la mayor parte de la culpa en el crimen, mi esposa, haciendo uso de un tonillo especial, que utilizaba cuando deseaba zaherirme, declaró: «Tanta culpa tienes tú como yo». Ante lo cual, le solicité que me aclarara el sentido de aquella frase.

Ella, haciendo gala de su insoportable espíritu burlón, y llevando hasta el límite lo que debía de parecerle un juego como otro cualquiera, continuó pintándose las uñas y tarareando una canción cosa que, según ella sabía, lograba sacarme de mis casillas.

Finalmente, después de haberme obligado con su actitud a que la golpeara, cosa que en el fondo parecía desear, me miró descaradamente y manifestó: «Al fin y al cabo, Ricardo también era hijo tuyo».

Aquella declaración me sumió en la más profunda de las desesperaciones. Nunca había logrado rechazar completamente la idea de que la criatura fuera mía. La actitud de Celia, a la que la complacía jugar sembrando la vacilación y la duda, me había mantenido siempre en un estado de incertidumbre.

Como aquella vez, y de forma definitiva, le pidiera una confesión tajante acerca de la paternidad del niño, ella, apenas comprendió que le solicitaba una respuesta clara, inició nuevamente el irritante juego de las medias palabras y las verdades a medias.

Finalmente, comprendiendo que nunca obtendría seguridades en ningún sentido, pues la naturaleza de Celia era desde siempre proclive a la siembra de la duda, y parecía nutrirse de la desesperación que me causaba su actitud, decidí obrar por cuenta propia.

Incapaz de soportar por más tiempo la idea de que bajo mi cama yacía el cuerpo de un inocente, a cuya muerte yo había contribuido, decidí desenterrar el cuerpo y darle sepultura en algún rincón apartado del jardín.

En efecto, provisto de los utensilios necesarios descendí una noche a l sótano y comencé a derribar una sección de la pared con la intención de extraer a través del orificio el cadáver del niño.

Apenas cayeron los primeros ladrillos, un espantoso hedor se extendió por todo el sótano. Gruesas gotas de sudor cubrían mi frente. El pico que utilizaba comenzó temblar en mis manos, y los golpes, lejos de resultar certeros, erraban el blanco hacia el que intentaba dirigirlos, lo que hizo más duradera mi tarea. De vez en cuando, además, me detenía creyendo oír una voz que gemía al otro lado del muro.

Por último, cuando hubo espacio suficiente, haciendo esfuerzos para no vomitar, me introduje en el estrecho espacio existente entre las dos paredes y alumbrándome por medio de una linterna, localicé el cadáver.

Como era del todo lógico, el cuerpo se hallaba en la misma posición en que yo lo había dejado y envuelto con la sábana. Lo tomé en brazos temblando de angustia y temiendo a cada instante que unas manitas surgieran de dentro de aquel sudario y se aferraran a mi cuello. Crucé el sótano con mi carga macabra, y, una vez que llegué al rincón del jardín en que previamente había cavado un hoyo, deposité los restos de Ricardo en tierra, cubriéndolos acto seguido.

Desde aquel mismo día nació en mí la idea de asesinar a Celia, por eso me invadió una profunda tristeza cuando supe que estaba sentenciada a muerte por la enfermedad. Mi esposa iba a dejarme definitivamente impidiéndome lo que ya constituía el sueño dorado: darle muerte de la manera más cruel.

De acuerdo con el médico, decidí el traslado de Celia a un centro hospitalario de la capital, único lugar donde, caso de haber alguna posibilidad, serían capaces de atenderla con las técnicas más adecuadas.

Aprovechando una pasajera mejoría, le comuniqué lo que había decidido, y ella, desconfiada como siempre, no pareció creerme. No obstante lo cual, preparé su maleta y arreglé su persona con vistas al traslado.

A la mañana siguiente, situándome a su cabecera, traté de sacarla del estado de inconsciencia en que la había sumido para evitarle molestias durante la mudanza. Cerca de su oído, musité palabras dulces y cariñosas. Ella, poco a poco, recuperó el sentido, y, a pesar de su estado, tuvo fuerzas para preguntarme donde se encontraba. Sonriendo beatíficamente, yo le respondí que en una clínica privada, pero Celia, incorporándose con gran trabajo musitó alarmada: «P... pero esto es el sótano».

Jugando con las palabras, al modo en que ella solía, traté de sacarla de su error. Le dije que sus sentidos estaban perturbados, que llevaban impresiones falsas a su cerebro, que dentro de poco tiempo comprendería realmente. Pero ella no cejó en su afirmación, ante lo cual, manifesté festivamente que acaso tenía razón y eran mis sentidos los que erraban.

Ante esta última confesión, prorrumpió en alaridos, y comprendiendo que estaba a mi merced, se desesperó hasta agotar sus fuerza; yo, que deseaba que las mantuviera intactas hasta el fin, le inyecté en seguida un reconstituyente y me puse a trabajar.

Ya estaba a media obra, cuando Celia recuperó el sentido.

Ante su cama iba levantándose un sólido muro que yo me encargaba de construir con todo cuidado. Haciendo gala de una precisión y un arte que para sí hubieran querido más de un maestro de obras, colocaba los ladrillos y los unía sólidamente con argamasa.

Ella contemplaba mi tarea con los ojos desorbitados por el terror e intentando emitir alaridos, que no emergían de su garganta a causa de la debilidad de su estado.

Cuando mis planes llegaron a término, Celia, y la cama en la que yacía, quedaron aisladas del resto del sótano por un tabique, a media altura del cual, procurando dejar una ventanilla fin de contemplar el rostro de mi esposa.

En contra de su perifrástico modo de hablar, mi mujer inquirió alarmada: «¿qué pretendes hacer conmigo?». Mi respuesta no se hizo esperar. «Adivínalo», repuse remedando su antigua forma de expresarse. «¿Vas a enterrarme viva?», insistió, ante lo cual afirmé sinuoso: «Recuerda que has sido tú quien lo ha dicho».

Deseoso de que aquella situación se prolongara lo más posible, dejaba a su alcance, a través de la ventanilla, alimentos adecuados, y, también mediante aquel portillo, le inyectaba los medicamentos precisos para que su vida no se extinguiera hasta pasados algunos días.

Por una azar del todo imprevisto (me niego a creer que mis constantes cuidados tuvieron nada que ver con ello), Celia comenzó a mejorar a ojos vista. Y cuando más se afianzaba su mejoría, tanto más aumentaban sus sufrimientos viéndose condenada sin remedio.

Poco a poco, una vez que tuve su vida en mis manos, decidí hacerme también dueño de su muerte, para l o cual comencé a restringir los alimentos y el agua. Desesperada, se lanzaba contra la pared intentando derribarla, pero era de construcción tan sólida que ni siquiera en el completo uso de sus fuerzas hubiera podido dar con ella en tierra. Sacaba entonces las manos por la ventanilla, o a veces el rostro, cosa que aprovechaba yo para aproximar a unos milímetros de su boca suculentos manjares y apetitosos refrescos.

Llegó finalmente la noche en que decidí poner término a su vida.

Me encerré en la cocina, tomé un libro de recetas culinarias y preparé el más exquisito pastel que jamás se hubiera visto. Hasta yo mismo me quedé asombrado de una habilidad que nunca había sospechado en mí.

Debo confesar, no obstante, que el hermoso aspecto de la tarta se vio favorecido por el color del veneno que mezclé con los demás ingredientes.

Una vez en el sótano, paseé repetidas veces la tarta por delante de la ventanilla, Celia se asomó todo lo que la estrechez del portillo le permitía. Yo, tomando una cucharilla que me había procurado al efecto, fui aproximando fragmentos de pastel a su boca, al tiempo que canturreaba: «Esta por papá. Esta por Ricardo.»

La infeliz, sin sospechar nada, o quizás a sabiendas de ello, pero forzada por un hambre feroz, fue devorando las porciones que le tendía. A los pocos minutos cayó al suelo víctima de fortísimos estertores. Sus ojos se volvían y de su boca escapaba un reguero de espuma. Sus brazas y piernas se contraían furiosamente a la vez que profería alaridos desgarradores. Por último, un estertor más violento recorrió todo su cuerpo, y segundos después yacía inmóvil y horrendamente desfigurada.

En aquel mismo instante fui presa de una alegría feroz y una carcajada de triunfo escapó de mi garganta. La risa que me invadió fue tan estentórea que me impidió escuchar los pasos que, sin duda, tuvieron que oírse a mi espalda, porque, de súbito, la puerta del sótano se cerró de forma tan violenta que al instante supe que me encontraba prisionero. Por si aquello no bastara, antes de que pudiera abalanzarme sobre el metálico bastión que clausuraba la salida del sótano pude escuchar clara y distintamente la llave girando en la cerradura.

No sé si mi imaginación me jugó una mala pasada, pero me pareció que una voz infantil musitaba: «Mamá, mamá... papá...»

Ahora, cuando han transcurrido varios días, supongo, comienza a invadir este recinto un hedor insoportable. Ante mí aparece tentadora la mitad de una suculenta tarta, y creo que, dentro de poco, no voy a poder resistir la tentación de probarla.

«Una cucharadita por mamá, otra por papá...»